

mas generoso de los padres el acendrado amor de los hijos.

Y la anciana imprimió un beso en la frente de Leopoldo, que salió enviándole una mirada de cariño.

Aquella venturosa madre quedó bendiciendo á Dios porque le habia dado un hijo agradecido y amoroso, mientras éste, pensando en ella, acusando de ingrato á Nuñez, y sintiendo encontrarse con Duval, se dirigió á la casa de Clotilde.

¡Acusaba á Nuñez porque no le habia escrito!

¡Y tenia razon en acusarle?

El lector ha visto á Nuñez descender en la gruta de Cacahuamilta, á un subterráneo, mientras Duval concibió la esperanza de dejarle allí sepultado, ganando con oro al mozo que le custodiaba.

¿Consignió su infuero objeto?

¿Quedó encerrado allí para siempre el generoso Nuñez, que le habia perdonado la vida?

## CAPITULO XIX.

Un momento de error.

De rodillas, afligida, y en el mas profundo recogimiento religioso, se vé á una hermosa mujer orando ante una preciosa imagen de la Madre de Dios, en el momento augusto de su soledad.

Un traje humilde y negro envuelve las gallardas formas de su cuerpo esbelto: en su sereno rostro, dulce y melancólico como el recuerdo de un bien pasado, se reflejan el sincero dolor y la cristiana esperanza; de sus bellos ojos, dulces y apacibles como la luz del alba, ruedan blandamente algunas brillantes lágrimas, que mojan silenciosas su angelical semblante; de sus carmíneos



labios, frescos y suaves como las tersas hojas del clavel cuando ostenta las temblantes gotas del rocío, se elevan al trono del Señor dulcísimas palabras, demandando piedad y consolacion. Sus redondas y blancas manos descansan enclavijadas y en actitud religiosa contra el pecho, y su mirada tierna y expresiva no se aparta un solo instante del rostro celestial de la Virgen sin mancilla.

Al verla enlutada y de rodillas en la callada alcoba, envuelta en la tibia claridad de la escasa luz de una triste vela, próxima á acabarse, llorosa y abatida, orando fervorosa ante la tierna Madre de los afligidos, parecia un ángel desterrado del cielo, que suspira por volver á la patria de los bienaventurados.

Al menos se debía creer que el mundo no le brindaba las gratas delicias y los seductores encantos con que halaga y seduce al hombre al poner la planta en el umbral de la risueña juventud.

Aquella mujer debía padecer, sin duda, y padecer horriblemente.

Y era realmente así.

Modelo de virtud y de pureza, con un talento claro y despejado, y un corazón recto y celoso de sus deberes, aquella mujer habia cruzado el sendero de la vida, tranquila y serena, como un arroyo límpido por entre las flores que embalsaman la atmósfera.

Nunca hija mas obediente y tierna concedió el amor á los sagrados lazos del matrimonio.

Jamás esposa mas amante y cariñosa condujo Himeneo al pié de los altares.

Antes de unir su suerte á la del hombre que interesó su alma, era el modelo que, como perfecto y digno de imitarse, presentaban los padres de familia á las jóvenes de su edad.

Enlazada al sér que escogió su corazón, fué dechado de amor y de fidelidad conyugal.

Entonces, como antes, la modestia y el candor acompañaban de continuo su gracia y su belleza. El encanto seductor de sus hechiceros ojos iba siempre cubierto con el velo de la dulce timidez y del célico pudor.



Ella comprendia que el santuario del amor debe estar decorado con las bellos atavíos del respeto, de la decencia, de la afabilidad y de la sencillez, si quiere ser dulce y duradero.

Conocia que la simple naturalidad, era preferible á la afectacion inventada por el arte, cuando la inocencia y la sinceridad del corazon acompañan á la primera; y que nunca otras palabras que las de la razon, regladas por la prudencia y el cariño, deben salir de los dulces labios de una esposa que quiere convencer por medio del agrado, que jamás ofende y que siempre persuade cautivando.

La falsedad y la intriga estaban proscritas de su alma noble y generosa, como bastardos recursos que manchan y afean el corazon de la mujer, donde solo deben anidarse la ternura y la respetuosa ingenuidad.

Fiel observante de estos rectos principios, y amando á su esposo con toda la passion de una alma virginal, su vida se habia deslizado por largo tiempo risueña y tranquila, como la brisa leda por la tersa su-

perficie de un dormido lago. Pero á aquella época de paz y de ventura, empezó á suceder otra de pesares y de inquietud.

El amado consorte que se condujo al principio con la honradez y el cariño que le hicieron digno de la mano de aquel ángel, empezó á descuidar los asuntos de su casa de comercio por entregarse á los de la política en que invertia gruesas sumas de su capital.

A las finas atenciones, al amor y á la deferencia hácia su esposa, reemplazaron la indiferencia, el despego y el abandono.

Al amor al trabajo, sucedió el amor al juego y la disipacion.

La hermosa mujer, amante como en los primeros días de su union, empleó todo su cariño y su talento, su afabilidad y su ternura en atraer á su esposo á la senda del bien de que se habia separado, pero nada alcanzó.

La política y el juego absorbian por completo el pensamiento de aquel hombre que empezó á odiar la virtud y el amor de su mujer, porque en aquella virtud y en aquel



amor le parecía encontrar una reconvención á la opuesta conducta que él observaba.

Bien pronto las pérdidas tenidas en el juego y los fallidos planes de sus empresas políticas, arruinaron su casa de comercio, le hicieron presentarse en quiebra y le volvieron irascible y adusto con su esposa.

Nunca se acordaba de ésta sino para arrancarle alguna de sus alhajas y venderlas, con objeto de poner su importe al azar de una carta.

La desventurada consorte sufría y lloraba.

Su dulce y cariñoso carácter no era susceptible de otros sentimientos que de los de la compasión y el dolor.

Su alma, lejos de abrigar ira, indignación y celos, contra el que tan inicuamente correspondía á su cariño, solo sentía la amarga pena de verse olvidada del ingrato que le negaba sus caricias.

Una noche recibió un recado de él donde le decía que estaba preso por una conspiración en que le habían cogido, que al día siguiente debía salir desterrado del país, y

que pensaba permanecer durante su destierro en Buenos-Aires, su ciudad natal.

La hermosa mujer corrió afligida á verle y á decirle que le seguiría.

—Te lo prohibo expresamente;—le contestó el adusto esposo:—No tengo dinero para llevarte. Además, quiero ir solo, porque muy pronto he de volver, si como espero, cae este gobierno. He escrito á un íntimo amigo, que te atienda durante mi ausencia en todo lo que necesites, y solo te he llamado para despedirme de tí.

—¡Diego! ¡Diego!—Exclamó llorando la inconsolable mujer:—¡Tan odiosa te es ya mi compañía, que no quieres que participe los trabajos que te esperan! Si te enfermas, ¿quién, como yo, cuidará de tu salud, de que nada te falte? Irémos á Buenos-Aires, donde has nacido, ó á España, si te place, al país que visitaste cuando tuve la dicha de conocerte, y donde aún me quedan algunos bienes, que bastarán á nuestra felicidad, si tú quieres que vayamos á vivir á él.

—Me incomodan tus lágrimas, Elisa.—Dijo con aspereza Diego.—Te he dicho que



mi voluntad es que permanezcas aquí hasta mi vuelta, que será pronta, y no permito que me hagas observacion ninguna. Don Emilio Landeta se ha encargado de proporcionarte las cantidades que necesites para mantenerte decentemente durante mi ausencia, las cuales le serán pagadas despues religiosamente, y solo te toca obedecer. Por lo mismo, puedes ya retirarte, porque yo voy á descansar para ponerme temprano en camino. Adios.

Y sin esperar que la infeliz le dirijiese la palabra, mandó al centinela que la mandase salir porque iba á entregarse al sueño.

Elisa sintió desgarrado el carazon con aquel inmerecido desprecio.

Amaba á su esposo, y ni una palabra de consuelo ni de amor le consagraba el ingrato al ausentarse.

A la vista de aquel terrible desengaño, el llanto bañó sus mejillas, y la amargura prensó su angustiado corazon.

Al siguiente dia, cuando sola, abandonada y afligida, rogaba á Dios por la felicidad de su esposo, por su pronta vuelta y por

que en su corazon se encendiese, con la ausencia, el amor apagado por la pasion al juego, entró á visitarla y á ponerse á sus órdenes D. Emilio Landeta.

Era este entonces un hombre de treinta y cuatro años, de gallarda presencia, de finos modales, de franca y expresiva mirada, de blonda cabellera, de distinguidas maneras y de amena conversacion.

Al acercarse á Elisa, se quedó admirado de tanta belleza, y le expuso sencilla y cortesmente el objeto de su visita.

—No tenia— añadió despues —la honra de conocer á vd.: una buena amistad me ha unido siempre á su esposo. Antiguas relaciones de comercio con el honrado padre de Diego, que luego me recomendó á su hijo desde Buenos-Aires, me han hecho que le consagre constantemente un aprecio verdadero, y que haya sentido sus desgracias en el comercio como si hubiesen sido realmente mias. Cuando tuvo la dicha de unirse á vd., me dió aviso desde España, de su feliz enlace, así como de su



llegada al venir á México; pero tuve precision de salir para mis haciendas en aquellos dias, y como desde entonces hasta mi regreso trascurrieron algunos meses, me pareció extemporánea la visita, y me privó de la satisfaccion de conocer á vd. Sin embargo, mis relaciones de amistad con Diego, á quien veía todos los dias en su casa de comercio, continuaron con el mismo vigor, y á la noticia de su quiebra, le ofrecí mi bolsillo y cuanto yo tenia. Hoy, pues, que por motivos que lamento, se ha dignado ocuparme, considero como mi mayor felicidad poderle manifestar una insignificante parte de mi inmenso aprecio, obsequiando su deseo, y poniendo á disposicion de vd. doseientos pesos que recibirá vd. todos los meses para atender á sus gastos durante todo el tiempo que durase su ausencia.

—Esa cantidad es demasiado crecida, y puede reducirse á la mitad ó á la cuarta parte. Ninguno mejor que vd. conoce el estado que guardan los intereses de mi esposo, y yo, aunque agradezco en el alma la generosidad de vd., no puedo aceptar una

mesada que jamás se encontraria en disposicion de pagar.

Don Emilio admiró la delicadeza y rectos principios de Elisa, y lamentó interiormente la desgracia de verla unida á un hombre que no sabia apreciar el tesoro de virtud y de belleza que poseía.

Aquel rasgo de sinceridad y de franqueza, manifestado con la modesta sencillez de una alma sin doblez y candorosa, cautivaron el generoso corazon de D. Emilio, siempre dispuesto á practicar el bien.

Llevado de un deseo noble y franco en favor de aquella mujer, cuya suerte se le confiaba, pero temiendo á la vez que rehusase aceptar el servicio que anhelaba prestarle, pensó que para vencer sus escrúpulos, el medio mejor y mas expedito era fingir que tenia en caja fondos, que D. Diego depositó en otro tiempo á rédito en su casa, única suma que se salvó del naufragio que sufrió el resto del eapital.

Dominado de esta laudable idea con que abria la puerta á la admision de su oferta,



evitando todo motivo de sonrojo, contestó á las observaciones de la hermosa Elisa.

—Nada tiene vd. que agradecerme. Yo no hago mas que poner en manos de vd. una ligera parte de la suma que su esposo de vd. depositó en mi casa en época mas brillante para él. De manera que si algo le sobra á vd. de los doscientos pesos que cada mes recibirá religiosamente, como me dejó encargado, vd. tendrá la bondad de ir guardando la cantidad que sea para entregársela á mi amigo Diego cuando vuelva.

Elisa que, como hemos dicho, era una mujer de claro talento, comprendió la manera fina y delicada que habia adoptado aquel hombre generoso para hacerle aceptar una mesada que le ponía al abrigo de todas las necesidades; y tratando de evitarle aquel sacrificio hecho en aras de la amistad, pero sin dar á entender que ponía duda en las palabras que con respecto á las órdenes de Diego le habia dicho, hizo algunas observaciones que creyó justas y prudentes.

Don Emilio contestó á todas ellas con una

amabilidad y dulce benevolencia irresistibles que, apoyándolas siempre en la su puesta órden recibida de Diego, acabaron por decidir á Elisa á que aceptase.

Don Emilio sintió en su corazon ese inefable placer, todo espiritual, que experimenta el alma despues de haber practicado una buena accion.

Las desgracias, la hermosura y las virtudes de aquella mujer le habian conmovido, y sintió hácia ella, no esa pasion bastarda y sensual, que muere tan pronto como se realiza un deseo, sino ese cariño tierno, puro, que cifra sus encantos en la felicidad de un sér angelical y desgraciado, en enjugar sus lágrimas, en aliviar sus penas, en recoger sus suspiros; ese cariño dulce, íntimo, desinteresado, siempre igual, siempre tranquilo, cimentado en los tiernos afectos de generosidad, de abnegacion y de piedad que embellecen el alma de algunos séres que vindican á la humanidad de los terribles cargos de cruel y de egoista.

Don Emilio salió satisfecho del servicio



que acababa de prestar á la virtud, á la belleza y á la amistad reunidas.

Elisa quedó altamente agradecida á aquel favor con tanta delicadeza y desinterés prestado.

—Ahorraré cuanto me sea posible—exclamó enternecida al verse sola—para enviárselo á mi querido Diego, que necesitará mas que yo de este dinero. ¡Sí; mucho mas que yo que de nada necesito mas que de su cariño.... de su amor.... de saber que no es desgraciado! ¡Así verá que le amo.... que me intereso por él.... que no le olvido ni un instante....! y cuando vuelva, cuando haya visto que todo mi anhelo, que todo mi afán ha sido el deseo de su bien, tal vez compadecido de mis lágrimas, se consagre á corresponder á mi ardiente pasión, como en los tiempos felices en que fuí el centro de atracción de todas sus ideas, de todos sus deseos!

Así pensaba aquella virtuosa mujer que no habia recibido de su esposo mas que ingratitude y desprecios.

Don Emilio, cautivado del fino trato y

agradable conversacion de Elisa, no encontraba momentos de mas placer que aquellos que llegaba á pasar en su grata compañía.

Al principio las visitas fueron cortas y en determinados dias; pero cuando el trato continuo, el talento y la hermosura de la esposa de Diego se dejaron ver con mas franqueza, aquellas fueron mas frecuentes y largas, hasta que acabaron por ser diarias.

La presencia de Elisa se habia hecho para D. Emilio una necesidad, pero una necesidad imperiosa del corazón.

Cuando algun negocio importante le impedia visitarla, estaba inquieto, triste, de mal humor, encontraba un vacío en su corazón que ningún objeto lo podia llenar.

Don Emilio se asustó con esta exigencia del alma.

El honrado amigo de Diego no pudo menos de conocer, con espanto, con vergüenza y con remordimiento, que amaba á la mujer del hombre que le habia encomendado su honra y su buen nombre.

Reprendíase á sí mismo de su debilidad, se proponia arrancar aquel sentimiento bas